



PAGODA DE DIAMANTES

Victorino Polo García

DE entrada cabe decir que el libro de Juana J. Marín Saura es de los de lectura consoladora y agradecida, que no es poco afirmar en estos tiempos que corren, en que la poesía va convirtiéndose poco a poco en un aljamiado mundo de incontinencias verbales generalmente vacías, de sentimentalidades domésticas y superficiales, de sorprendentes vacuidades mentales. Por no hablar de las ausencias musicales que lo invaden todo.

Por consiguiente, leer los poemas acogidos en *Pagoda de diamantes* resulta un placer porque está presente todo lo ausente indicado. En efecto, apenas existe una palabra que pudiera resultar superflua: situación dignísima de agradecer, si se tiene en cuenta que la característica mejor definidora de lo poético es, precisamente, la condensación, producto de la justeza y necesidad del verbo, de la palabra. En este sentido, la lección de Juana resulta ejemplar. Basta leer cualquiera de sus páginas, pero detengámonos en el último texto

«De ti a ti sólo existen dos pasos,
una mirada
y entre los dos, el cielo».

Nada falta; pero también está todo lo necesario, poéticamente hablando, para que esas tres líneas de palabras enlazadas de modo helicoidal resulten, a la postre, excelentes versos de lograda tersura, sugerentes y llamadores como corresponde al fin que los anima. Adelantemos ahora lo que indicaba al final del párrafo anterior: el ritmo. Se observa con atención que los tres versos significan la presencia de los tres modelos más acendrados dentro de nuestra poesía castellana.

El perfecto endecasílabo heroico en primer lugar, seguido de un pentasílabo adónico y rematado el conjunto con un heptasílabo de impecable factura. Es importante destacar todo esto, porque se olvida con frecuencia las implicaciones musicales —desde la interioridad de su propia entraña como juego de palabras, no como imitación de formas musicales ajenas— que la poesía supone y en las que se afianza. Pero es que además, la modernidad del concepto y la realización práctica del hacer poético de Juana Marín, la conducen a mezclar metros que no suelen unirse habitualmente. Es normal la combinación endecasílabo-heptasílabo; pero no lo es tanto introducir pentasílabos que, así medidos, pudieran dar al traste con el ritmo interno y cadente de los dos anteriores, a los que el oído está mejor hecho.

Por otra parte, la sentimentalidad mejor cualificada deja caer su efluvio sobre los poemas como si de algo natural se tratara. No importa que el libro pueda ser calificado de amoroso, marinero, regretante o, llanamente, de poesía ingenua y sentimental, según la feliz expresión de Friedrich Schiller. Personalmente, siento que he leído un excelente poemario de amor en su más amplio y profundo sentido. Porque es el amor comprensivo del universo en su totalidad, la epifanía del amor sin adjetivos, que después cristalizará en determinados temas o motivos o situaciones, lo que resulta indiferente. ¿Qué importa un atardecer de fuego solar en el violeta de las aguas, el misterio de unas manos, unos ciervos asustados, el corazón desde un espejo, una danza o el escribir al aire desde Atenas? Todo acabará redun-

dando en lo mismo: el sentimiento a flor de piel, que brota del hondón del alma y que terminará inundando el corazón de los lectores avisados.

Pero también está presente el discriminado pensamiento, que informa y llena las palabras de algo más que fantasmas y ruidos. La escritora ha pensado en el mundo y desde su presencia insobornable. Y el pensamiento, a veces dolorido, en ocasiones clarificador y elocuente, arranca desde la raíz y va plenificando de savia el árbol crecido de los versos. No podía ser de otra manera, porque la tersura y precisión del verbo, ya desde el principio y a la manera insoslayable del Génesis, brota y se configura a partir de un pensamiento conformador por su misma esencia y principio.

Me gustaría insistir en algo del buen prólogo que presenta el poemario. Y decir algunas cosas a propósito de las, en modo alguno, inútiles citas que abren el libro y una parte de él: reservo al lector el placer de su descubrimiento. En todo caso, deseo terminar esta reseña un tanto apresurada, con la constatación del acierto sorprendente que significa el título: *Pagoda de diamantes*. Y es que junto al fulgor deslumbrante de la piedra preciosa conocida y deseada, se yergue con precisión de aguja gótica el misero de la primera palabra: leer *pagoda* y abrir las puertas del asombro, es una hermosa manera de llamar a la lectura.

* *Pagoda de diamantes*. Juana J. Marín Saura. Edit. Literarias, Madrid 1988.